

... todos los puntos de la doctrina de la Iglesia Católica...
... la Santa Sede...
... el Papa...
... el mundo católico...
... el Eterno Juez...
... el trabajo...
... las Sagradas Escrituras...
... el Papa supo...

CAPITULO X.

CARTA DE LUTERO A LEON X.—1520.

Las Universidades, á quienes habia apelado Lutero, condenan sus doctrinas.—Lutero las denigra.—Justifica sus arrebatos.—Sus profecías sobre Alemania.—Miltitz hace saber á Roma que ha sido burlado por Lutero.—Carta de este á Leon X.—Une á la carta su tratado *De la libertad cristiana*: exámen de esta obra.—Dogmas de Lutero.

Al llegar á Roma Miltitz, dejó á los pies de Leon X las palabras de sumision del monje, y la promesa de una carta, que terminaria en breve todo debate con la Santa Sede. El Papa abrazó á Miltitz, le colmó de caricias, y repitió delante de los Cardenales que la paz habia sido al cabo devuelta al mundo católico. Algun vago presentimiento le advertia su próximo fin, y decia: «Que seria muy dichoso si antes de morir dejaba en reposo la Iglesia de Jesucristo, y diese cuenta al Eterno Juez de su mision sobre la tierra.» Y ademas, como se sabe, Leon X amaba á Lutero; amaba en él, sobretudo, su ardor por el trabajo y sus profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras. Pero mucho tiempo antes de la llegada de la carta tan impacientemente esperada de su querido hijo, el Papa supo, de

todos los puntos de Alemania á la vez, la manera cómo habia sido burlado Miltitz, y los furores de Lutero contra su autoridad.

La carta prometida está en Roma: obra brutal, que ni Wiclef, ni Juan Huss, ni Gerónimo de Praga, ni Arius, ni Pelagio, se hubieran atrevido á trazar; que dos hombres solos podian entonces firmar en todo el mundo cristiano: Lutero en primer lugar; despues Hutten: eterno grito de reprobacion contra aquel cuyos dedos no se paralizaron al escribirla; mancha indeleble para la frente que no se avergüenza de palabras tan insultantes; peso enorme que oprimirá en la eternidad el pecho del cristiano que trate de remover las cenizas de esta lava. Júzguesela, recordando que aún la vispera la mano que va á trazar estas líneas estrechaba la de Miltitz en señal de buena amistad, y que los labios de donde va á caer tanta hiel pronunciaban palabras de sumision y de obediencia á la Santa Sede.

«En medio de los monstruos de este siglo, con quienes estoy en guerra desde hace tres años, mi pensamiento y mi recuerdo se elevan hácia vos, Santísimo Padre... Protesto, y mi memoria es fiel, que siempre he hablado de vos con veneracion y con respeto... Si otra cosa fuera, estaria pronto á retractarme. ¿No os he dicho que érais otro Daniel en la cueva de los Leones? ¿No fui yo quien defendí vuestra inocencia contra un hombre tal como Silvestre Prierias, que osaba mancillarla?... No podreis negarlo, Leon amado: la Sede que ocupais aventaja en corrupcion á Babilonia y á Sodoma; contra esa Roma impia me he rebelado yo. La indignacion se ha apoderado de mi alma al ver que á la sombra de vuestro nombre se ha hecho infame burla del pueblo de Jesucristo; contra esa Roma combato, y combatiré en tanto que me anime un soplo de fe. No porque yo crea, lo cual es imposible, que mis esfuerzos prevalecerán contra la turba de aduladores que reinan en esa desordenada Babilonia; pero, encargado de

velar por la suerte de mis hermanos, quisiera que no fuesen presa de todos los pecados de Roma. Roma es una sentina de corrupcion y de iniquidad. Porque es mas claro que la luz que la Iglesia romana, que era en otro tiempo la mas casta de todas las iglesias, se ha convertido en una inmunda caverna de ladrones, en un lupanar de gente disipada, el trono del pecado, de la muerte y del infierno, y que su maldad no puede subir de punto, aun cuando reina-se en ella el Antecristo en persona...

«Heos ahí, Leon, como un cordero entre lobos, como Daniel en medio de los leones, como Ezequiel entre los escorpiones. ¿Qué podeis oponer á tantos monstruos? Tres ó cuatro Cardenales, hombres de fe y de ciencia. ¿Y qué significa esto para ese pueblo de descreidos? Moriríais envenenados antes tal vez de haber pensado en el remedio... Los dias de Roma están contados; la cólera de Dios ha caido sobre ella. Odia los sabios consejos, teme la Reforma, no quiere que se ponga freno á su furor de impiedad. Dirase de ella lo que se ha dicho de su madre. Hemos advertido á Babilonia; es incurable, dejémosla. A vos y á vuestros Cardenales correspondia poner remedio á tantos males; pero la gota se rie del médico, y el carro no anda ya por la accion de las riendas...

«Lleno de amor hácia vos, he deplorado con frecuencia veros elevado á la Silla Pontifical en un siglo como el nuestro; merecíais haber nacido en otra época. La Sede romana no es digna de vos: debiera ser ocupada por Satanás, que, á la verdad, reina mucho mas que vos en esa Babilonia. ¿No es cierto que bajo el espacioso cielo no hay nada mas corrompido, mas inicuo, mas pestilencial que Roma? Verdaderamente Roma supera en impiedad á la misma Turquía: en otro tiempo la puerta del cielo, es hoy la boca del infierno, que la cólera de Dios no deja cerrar: á duras penas podemos salvar algunas almas del infernal abismo.»

Despues de referir cómo se entabló la disputa entre él

y los cortesanos del Papa, Lutero termina de este modo:
«No quiero presentarme ante vos con las manos vacías; os ofrezco un tratadito, como prueba de mi amor á la paz, testimonio de la ocupacion que habria entretenido mis ocios, si vuestros aduladores me lo hubieran permitido; presente de poco valor, si consideráis la forma de la obra; bien precioso, si no me engaño, si os fijais en su espíritu. Yo, pobre monge, no tengo nada mejor que ofrecer; vos no necesitais otros dones que los espirituales.»

¿Se quiere saber ahora cuál es ese libro predilecto que Lutero envía á Leon X en testimonio de amor y de piedad filial? Pues es su *Tratado de la libertad cristiana*, donde establece como doctrinas fundadas sobre la palabra evangélica, no solamente la justificacion sin las obras, sino la imposibilidad de la fe con las obras, que mira como otros tantos pecados; la sujecion de la criatura al demonio, aun cuando hace esfuerzos para librarse de él, y su encarnacion en el pecado, cuando se eleva hácia el Criador; cuando su pensamiento, desprendido de los lazos de la tierra, se abisma en la contemplacion de los méritos del Salvador; cuando su mano reparte limosnas; cuando abre sus labios al rezo ó á la bendicion; cuando llora y se arrepiente, porque cuanto en nosotros vive, dice, es culpa, pecado, condenacion, y el hombre es impotente para el bien. ¡Horribles doctrinas de que quiere hacer responsable al apóstol San Pablo! Y al lado de estas monstruosas enseñanzas, establece como axioma la impecabilidad del alma, que no ha cesado de creer: «Porque, dice, si yo he pecado, Cristo, que está en mí, no ha pecado; este Cristo, en quien creo que produce, que piensa, que obra y que vive conmigo, y que solo cumple la ley.»

«Bástanos creer en el Cordero que borra los pecados del mundo; el pecado no podria arrancarnos á este Cordero, aun cuando nos matásemos mil veces por dia.»

Allí es donde se esfuerza todavía en establecer que el

sacerdocio está unido á la humanidad, como el alma lo está al cuerpo; que pertenece á todo hombre que cree, porque estando unido Cristo á la humanidad por un lazo puramente místico, el alma se convierte en su esposa, y participa entonces de todos los dones que el esposo derrama sobre ella; que todas las voces de *sacerdote*, *clérigo*, *eclesiástico*, no significan nada, y son un ultraje á la palabra de Dios, porque todos somos sus hijos en el mismo grado, sus ecónomos y sus ministros, y que las vestiduras, la pompa exterior, las ceremonias, no son mas que vanas figuras, formas humanas que el espíritu de Cristo debe espulsar de entre los cristianos. Y, como hace observar aquí el doctor J. Marx, el sacerdocio no es una figura, sino una realidad, que confiere al lego todos los poderes del sacerdote católico, la predicacion, el perdon de las culpas, la absolucion y la dispensa de sacramentos. Pero ¿qué significa ese signo que la fe nos confiere, como el agua del bautismo, el título de hijos de Dios, que el hombre toma y deja á su voluntad, segun cree ó duda?

¿Qué es, pues, esa fe luterana que nos hace semejantes al ángel, y cambia de repente nuestra naturaleza de hombre? ¿Es la fe, menos las indulgencias, como en 1518; la fe, menos el sacerdocio, como en 1519; la fe, menos los sacramentos del orden, de la extrema-uncion, como en 1520; la fe, con dos solos sacramentos, como en 1521; la fe, menos la Misa, menos el culto de los santos, como en 1522? Pero quien dice *fe*, dice *confesion*; luego Lutero no puede establecer confesion sin autoridad. Si la razon individual de Carlostadio, por ejemplo, como vamos á verlo, se levanta contra las creencias del doctor, ¿quién las juzgará? ¿Qué es, pues, la fe, segun Lutero, sino un capricho, una locura, un fantasma, enfermedad en unos, fiebre cerebral en otros, exaltacion del sistema nervioso, postracion ó exuberancia de vitalidad, luz ó tinieblas?

Lutero dice: «Creed.» Pues entonces que no enseñe

que la mision de los Obispos es doble: mediata é inmediata. En nuestros días mediata; es decir, derivando del hombre; pero inmediata entre los Apóstoles, que la recibieron del mismo Jesus; inmediata entre los Profetas, que la recibieron de Dios; que los Apóstoles han transmitido esta union á sus discípulos; San Pablo á Timoteo y á Tito, que la transmitieron á los Obispos sus sucesores; los Obispos á los que le suceden, y así hasta nuestros días y hasta la consumacion de los siglos. De modo que esta mision, bien que mediata, es, sin embargo, esencialmente divina.

Hé aquí, pues, cómo la fe sola no basta ya para dar el sacerdocio, que es una verdadera herencia por delegacion divina; hé aquí cómo no todo hombre es sacerdote, como no todo hombre ha recibido la mision de enseñar.

Cuenta la historia de Cromwell que un soldado de su ejército atravesó el Támesis para pasar á Londres, llevando consigo una linterna con cinco velas encendidas. Al llegar á la orilla llamó á la multitud á grandes voces, y abriendo su linterna, cogió una de las velas, y la apagó de un soplo, diciendo: «¡Así muera el diezmo!» Hizo lo mismo con otra, y dijo: «¡Así mueran los Parlamentos!» Igual operacion verificó con la tercera, cuarta y quinta, exclamando: «¡Así muera la Biblia!» Entonces la multitud empezó á amotinarse y á dirigirle amenazas. Uno de los concurrentes preguntó al soldado:

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—Lo que os predico es la palabra de Dios, repuso el soldado: Lutero ha creado una nueva religion; Calvino ha soplado y creado otra; Cranmer, el gran Arzobispo, ha soplado también, y la Reina Isabel ha soplado sobre todo esto. Pues bien: á mi vez vengo, en nombre de la palabra de Cristo, á borrar con mi soplo todo cuanto se ha predicado.

Callose el pueblo. ¿Acaso no tenia razon el soldado? Era un sacerdote segun la orden de Lutero, puesto que creia en Cristo y en su santa palabra.

CAPITULO XI:

LAS DOS BULAS.—1520.

Carácter de las resistencias de Lutero.—Longanimidad de Leon X.—Se decide á fulminar una Bula contra el herejarca.—Apreciacion literaria de esta Bula.—Anti-Bula de Lutero.—Hutten comenta la anti-Bula.—Procedimiento literario de Lutero para perder á sus adversarios.—Este es el encargado de llevar la Bula por Alemania.—Lutero hace quemar la Bula *exurge* en Wilttemberg.—Sube al púlpito para lanzar la abominacion sobre Roma y el odio sobre Leon X.

SÉANOS permitido ahora conjurar á todo hombre cuya razon no esté oscurecida por el espíritu de secta, para que con la mano en el pecho y el Santo Evangelio abierto delante de sus ojos, nos diga si Lutero, tal como se ha mostrado en Sajonia y en sus libros, no ha traspasado todos los limites; si le queda algun ultraje por imaginar contra Roma, una bufonada nueva ó vieja que resucitar ó componer, una insolencia que aprovechar de los libros de los herejarcas que le han precedido.

Si por espacio de tres años ha sido dado á un monge, sin autorizacion alguna, turbar el orden moral de las sociedades, agitar las conciencias, levantar los espíritus, ¿no le será permitido al papado hacer oír su voz?